Año 1952
9 Diciembre
(51)

ABC

57

ACTA REZAGADA DE LA U. N. E. S. C. O.

Yo no creo, señor director, que esto valga la pena. Pero si desea que lo cuente... En el fondo, se lo agradezco. Me anticipo a su natural objeción: "¿Por qué no lo hizo a su debido tiempo?" ¡Ah! Yo entendía que estaba, por así decirlo, en vacaciones. Comprendo ahora que el hombre de pluma tiene una jornada de veinticuatro horas. Aun en sueños, ha de encontrarse dispuesto a recibir una idea si providencialmente le llegaba. Yo me juzgaba —¡qué disparate!—exento de toda obligación profesional al traspasar los umbrales de la U. N. E. S. C. O, en París, nada menos que el día en que se votó la admisión de España. Era, de mi parte, un error gravísimo, casi una deserción. La purgo viendo despojada a mi referencia de todo interés de noticia; haciendo de ella, en suma, la última crónica o, si se quiere calificarla más benévolamente, la primera nota del archivo. Inicio mi relato.

La U. N. E. S. C. O ha sido instalada en el que fué un día hotel Majestic. ¡Ay, el haber sido hotel imprime carácter, y éste trasciende visiblemente todavía. Le diré que, si no me equivoco, la sala de conferencias era su antigua sala de fiestas. Han debido de celebrarse en ella muchas, y por esa causa, la reunión del día a que me refiero tenía algo, no sé bien si de boda o de bautizo.

A ambos lados de la presidencia estaban las banderas de las naciones de la U. N. E. S. C. O. Yo reconocí entre ellas las banderas de mi Bachillerato, las pocas que van quedando desde aquellas lejanas fechas; reconocí algunas más, oreadas al viento en los últimos años, nacidas, como esas islas que de pronto sarpullen el Pacífico, de una gran convulsión o de una gran marea de sangre, y vi otras que ignoraba. Entonces, a mi vecino ocasional, y con el mismo aire con que se dice: "¿Sabe usted quién es ese señor?", le pregunté si estaba enterado de quién era aquella bandera. Mi vecino se encogió de hombros, transmitió la pregunta al suyo; éste, al de más allá, y nadie supo informarme. "Se lo consultaremos al presidente", dijo alguien con irónica oficiosidad. Todos comprendimos que ni el presidente nos sacaría de dudas y resolvimos callarnos.

Fué en ese momento cuando alguien me tendió el auricular, y unido a él, la especie de hucha de energía eléctrica, mediante la cual puede oírse, traducido a los varios idiomas oficiales de la U. N. E. S. C. O., aquel en el que hablen sus delegados. También sirve para oír música. Pásase así, de la celestial a la profana, con sólo darle un pequeño impulso con el índice a una minúscula ruedecita dentada. Me calé mi auricular y me dispuse, lleno de unción, a enterarme bien de cuanto sucedía. Entonces, alguien desde la tribuna de Prensa, allí donde presumo que en otros tiempos tocarían los Boldi, arrojó unas cuantas proclamas, a manera de "confetti" político, sobre los circunstantes. Hubo un gran alborozo y todos, llenos de infantil alegría, procuramos apoderarnos de ellas. La primera, revoloteó con tal precisión, que se refugió en el "sprit" verde del sombrerito de Mirna Loy. Parecía a primera vista como un detalle más de su elegante indumento, pero ella no lo entendió así y se la sacudió de un manotazo. El presidente nos llamó al orden nos dijo que no fuésemos chiquillos, y que nos dejáramos de bobadas, que él tenía que preguntar unas cosas a unos señores y que era poco serio interrumpirles o coaccionarles. "Bravo, bravo—le coreamos para nuestros adentros—. Así se habla."

Y empezó la cosa. Hay varias maneras de decir sí. Puede decirse sí, "oui", "yes", "ja" y aun "da", si bien como este último vocablo pertenece a la lengua rusa, y apenas si se oye en los últimos años, hay quienes empiezan a considerarlo ya como un arcaísmo. Pero lo curioso es que—no—se dice en casi todas las lenguas civilizadas de parecida manera y que, sin embargo, al oírlo allí, en tantas bocas distintas, me pareció extrañamente diverso. Es cierto que, nunca como entonces, una escueta sílaba ha sido tan teatralmente matizada. Algunos la pronunciaron con displicencia, como para dar a entender que apenas si se solidarizaban con su real significado; otros, como dicen con tanta gracia y expresividad en la Montaña, "de corrienduco"; aquél, por el contrario, con ira, restallantemente, igual que un latigazo; el de más allá, tras la duda de un levísimo instante, como si la conciencia o el gobierno aun no le hubieran dado sus últimas instrucciones, y cierto personaje hubo que repuso "non" de tan específica manera, que yo comprendí bien la legitimidad prosódica con que, a la hora de los comentarios, me advertía un colega: "¿Te fijaste? Con acento en la n."

Era ésa una primera votación, para abrir boca, sobre no sé qué cuestión de orden. Asistimos a ella, un poquito inquietos, porque de la primera podría deducirse el resultado de la segunda. Cuando cualquier menudencia nos preocupaba, mirábamos, escrutadoramente, al conde de Casa Rojas. El embajador fumaba su puro, se desplomaba con un familiar abrazo de oso amigo sobre su interlocutor y le tranquilizaba. Casa Rojas es uno de esos hombres que infunden confianza. Igual que la presencia del médico de fama en la cabecera del enfermo grave, Casa Rojas produce la sensación de que nada desagradable puede acontecer en su presencia. Por su mano, de sutil diplomático, habían pasado hilos esenciales, que él tejiera hábilmente. No había por qué temer. Y así fué. Ya es sabido quiénes se opusieron: Yugoslavia, Uruguay, Méjico y Birmania. Lo de Yugoslavia fué casi una declaración de guerra. Por un momento, se temió que no sólo nos negase el ingreso en la U. N. E. S. C. O., sino el agua y la sal, la gasolina, el mercurio de Almadén, los agrios y la uva de Almería. Hubo quien se sonrió con zumba, pero en el corazón de Tito—seguros estamos—la voz enérgica de su representante despertó un eco conmovedor. Los de Uruguay y Méjico, siempre tan atravesadillos estos buenos muchachos, no sorprendieron a nadie. Ya, en las listas preelectorales, sus nombres estaban escritos con una antipática tinta negra. Lo de Birmania, ¡ah!, eso, sí fué sensacional. ¿Birmania? ¿Es que la hemos faltado?—nos decíamos unos a otros algo confusos—. Birmania, Birmania... —silabeaba como sonámbulo un redactor de una agencia, sin acabar de orientarse... Pues, sí, amigos, Birmania allí estaba, tan campante, oponiéndose.

Cuando el Congreso de los Diputados acordó expresar su pésame a Austria-Hungría por la muerte del Emperador Francisco José, Saborit y Largo Caballero votaron negativamente. Fernández Flórez, en una deliciosa crónica, se imaginaba al viejo Emperador paseándose por el empíreo y monologando: "Saborit, Largo Caballero... ¿Quiénes serán estos sujetos y qué les habré hecho yo?"

Bien, señor director, la votación concluída, comenzaron las felicitaciones. ¡Ah, ese local, ese local!... Parecían felicitaciones de esponsales. O de natalicio. "Que sean muy dichosos en su nuevo estado..." O bien: "Que se les críe con salud..."

Había, naturalmente, caras largas, rostros lívidos, sonrisas siniestras... Y por los pasillos del viejo Majestic desfilaban algunas trágicas figuras de nuestra guerra. No, no es grato verlas; lo garantizo. Años atroces reviven, a su conjuro, en nuestra imaginación y cuando nos tropezamos, de manos a boca, con los responsables de tanto dolor y de tanto bochorno, palidecemos, nos sofocamos, apretamos los dientes, todo en una fracción de segundo, y seguimos nuestro camino con positiva dificultad.

Yo seguí el mío, ¿por qué no? Los Campos Elíseos quedan cerca y descendí por ellos, mientras el Señor que envía también las primeras verbenas mandaba ahora, sobre París, la primera nieve. Unos días más anduve así, entre sus calles, y sus teatros y sus museos. Hasta que tomé la carretera de Le Bourget, y el avión, y regresé aquí, a nuestro Madrid y escribí estas cuartillas, a manera de acta trasnochada de lo que aconteció en la U. N. E. S. C. O. Haga usted con ellas lo que quiera, señor director. Publíquelas si se siente inclinado a la benevolencia. O no las publique. Palabra de honor: no lo tomaré a mal si las arroja al cesto de los papeles...

— Joaquín CALVO-SOTELO